

A él da la historia los honores de esa retirada, donde como única estrella en tempestuoso cielo, brilla su inmortal abnegación.

El General Conde de Segur, testigo ocular de los acontecimientos, al tratar de los sucesos de Rusia, dice, refiriéndose á este Mariscal: “. peleando siempre, retrocediendo tras todos los demás, pero no huyendo; sosteniendo hasta el último momento la gloria de las armas francesas; y por la centésima vez, después de cuarenta días, exponiendo su vida y su libertad para salvar á un francés más, salió al fin de aquella fatal Rusia, mostrando al orbe la ineficacia de la fortuna contra los grandes valores, y que para los héroes, todo, sin exceptuar los mayores desastres, se convierte en gloria.”

En esa retirada tristísima, en que la postración más grande dominó al ejército, en que todo fué ruina y desorden, sólo los veteranos de la guardia vieja se mostraron á la altura de sus glorias militares, soportando con heroica abnegación males sin cuento; y debido á esto sufrieron menos que las demás tropas desbandadas que no era posible atender, y llegaron las reliquias á Francia en formación, con sus armas, y saludando con su bandera inmaculada el sol querido de la Patria.

Yo los contemplo más grandes en la desgracia que en la victoria. Su sublime magestad me impone: desnudos y descalzos, fatigados y hambrientos, obedientes á la disciplina y dando frente al enemigo á la voz de mando, con la conciencia del sacrificio de la vida; siendo casi los únicos entre el desorden y el terror general; resistiendo impávidos

la tempestad de tantos desastres, como una encina que sacude el huracán y hiere el rayo, marchando resignados y valientes, destacándose en ese sombrío cuadro de sangre y desolación, me parecen genios fabulosos que ni el poder del cielo humilla. Y dominadores, empeñados en los difíciles triunfos de Marengo, Austerlitz y tantos otros, sólo los admiro como valientes.

¡Cuánto honra, cuánto ennoblece y glorifica, y cuán grandiosa magestad ostenta la abnegación heroica del soldado!

El sabio Conde de Segur, padre del General que del mismo nombre he citado, expresa en una de sus máximas, que *la adversidad abate á los débiles; pero que siempre engrandece á los fuertes.*

VIII. HONOR.

“La gloria y el honor de las armas es el primer deber que ha de tener siempre á la vista un soldado.” Palabras son estas del primer Capitán del siglo.

El honor es el principio de toda virtud y el cimiento de las cualidades militares; en nuestra profesión, es la dignidad misma, pero abrazando todo lo sublime, llevado hasta un grado heroico.

Siendo, como otra vez he dicho, la profesión militar una carrera de honor, no puede concebirse al soldado sin honra, porque en un espíritu deshonrado que se arrastra en la degradación, no puede existir el amor á la gloria que nace de muy elevados sentimientos; no puede existir la abnegación, que requiere un fondo de grandeza; no puede existir la verdadera disciplina y moralidad, que exigen una conducta limpia; y en el antro oscuro de ese espíritu, sí pueden albergarse mil odiosas pasiones, mil bajezas asquerosas. El hombre sin honor es un reptil inmundo en cuyo seno puede abrigarse la cobardía, porque importándole poco su reputación, prefiere huir á sacrificarse: es susceptible de la inmoralidad, porque siéndole indiferente la estimación de los demás, le es más grato satisfacer sus pasiones infamantes, que portarse con decencia; es susceptible de la insubordinación y de toda falta, porque incapaz de comprender la nobleza de un deber, cuando su cumplimiento le mortifica, se subleva contra él, buscando la comodidad; es capaz de la traición, porque no comprendiendo el honor, busca la conveniencia y se vende, aunque mancille su nombre eternamente. ¿Y qué delito más horrible puede caber en un soldado que el de la traición?

Al tocar este punto el General Benavides, en su obra titulada "El Generalato," se expresa en los términos siguientes: ". . . el traidor vende su conciencia y su honra, su cuerpo y su alma; el traidor reniega de su propia madre y de sus bienhechores; no tiene amor, ni religión, ni patria; en una palabra, sólo posee su degradación, sacrificándolo todo fría y ferozmente á su interés personal. Por esto es, que á pesar del transcurso de los

"tiempos, las penas sufridas, los servicios pasados y el indulto, la mancha de traición siempre permanece tan viva como espantosa."

No, absolutamente no puede concebirse al soldado sin honor: es una mancha hedionda, es una llaga gangrenosa en el ejército.

Y el honor tan brillante, tan puro, debe guardarse siempre inmaculado. Sacrificar la vida es mejor que dejar manchar la honra: el que no sienta así, que no abrace la carrera de las armas, que no emponzoñe con su aliento inmundo una profesión toda dignidad.

Sin honor, no hay héroes; sin honor, la historia no nos presentaría esa apoteosis fascinadora de lo bello y lo glorioso que siempre será la admiración del mundo; esa pléyade fantástica de guerreros que pueblan el inmenso y deslumbrante espacio de la gloria. Sin honor, Leónidas no se hubiera sacrificado por su patria, porque sin honor no puede existir el amor á la tierra en que se nace, y hubiera preferido, con la deshonra, el imperio de Grecia que Jerges le ofrecía por su traición.

Una alma deshonrada en su bajeza, burla los más sagrados sentimientos; ingrata é infame, cobarde y traidora, es un baldón para la humanidad.

El honor es la religión del soldado, es el que lo engrandece, es el que lo sublima.

Pero no se crea que el honor consiste en una susceptibilidad irascible que arrebatada á constantes y ridículas riñas, en que una elevada dignidad se resiente. El hombre de honor no juega nunca con él, y la mejor manera de manifestarlo es evitar que se lo ultrajen, poniéndolo á cubierto de la mancilla

con su moderación y buena conducta, que respetando se hará respetable. Al que sin un motivo justo, hace cuestión de honor una futilidad cualquiera y saca la espada contra otro como un bravo de oficio, se le podrá calificar de espadachín, pero nunca de hombre de honor, pues exponiéndose sin razón, da ocasión para que lo ofendan.

El General ateniense, Temístocles, no se deshonró cuando amenazado por el bastón del General Euribiades, le dijo: "pega, pero escucha," haciéndolo convenir al fin en que se desarrollara un plan de batalla que salvó á Grecia de la deshonra y de la esclavitud que los persas querían imponerle, cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. La moderación de ese sabio general, que tan bien comprendió que no estaba esta vez su honor en suscitar una cuestión personal con un compañero en circunstancias en que podrían cubrirse de ignominia las armas de su patria por ello, es precisamente la prueba de su positiva grandeza, que mucho lo enalteció después del suceso.

Cuando la verdadera honra sea ultrajada, entonces sí es indispensable borrar la mancha con decoro, á trueque del más grande sacrificio, entonces que se defiende hasta el último trance de la vida.

No pasaré sin citar aquí un episodio gigantesco de la batalla de Waterloo, ante el que con verdad pueden repetirse las palabras de Francisco I: "Todo se perdió, menos el honor." Al ponerse el sol, y cuando ya se había pronunciado la derrota en el ejército francés, un puñado de valientes soldados, entre los cadáveres de sus camaradas y envueltos en el humo de la pólvora, apenas se percibían á la luz siniestra del fuego de sus fusiles, defendiéndose

bravamente de los numerosos vencedores. La metralla inglesa se cebaba en aquella masa viviente, dejando un rastro de miembros palpitantes y ensangrentados. Se les intima rendición en situación tan angustiada; pero el General Cambrone, jefe de aquellos veteranos, herido por tal proposición que le indignó, contesta con fiereza: "Nunca: la guardia antigua muere, pero no se rinde;" siendo ésta la última protesta del acrisolado honor francés en aquella terrible batalla, que cambió la faz del mundo, acabando con la preponderancia del más grande guerrero de los tiempos modernos.

Cambrone, en su protesta sublime, demostró esa vez que la Francia pudo ser vencida pero no humillada, y la sangre de tantos valientes selló el honor de esa nación que casi había sido señora del universo, y á la que no abandonó entonces la grandeza ni en su caída, haciendo así respetable la memoria de su desgracia, como es admirada la época de su fortuna.

Otros dos hechos heroicos quiero citar aún, en que brilla con toda su noble é inquebrantable fiereza esa virtud á que me refiero.

Guzmán el Bueno, que vivió del siglo XIII al XIV, siendo Gobernador de Tarifa, al ser atacado en aquella plaza, le fueron robados sus hijos por el enemigo, y se le dijo que si no rendía las armas degollarían al menor de ellos frente á las fortalezas. El corazón del padre sin duda quedó petrificado de espanto y de dolor ante aquella amenaza tan cruel que desgarraba sus más tiernos sentimientos; pero pudo más en esa alma grandiosa la honra del soldado, y contestó diciendo que antes de cometer tal bajeza que lo infamaba, prestaría su

puñal para el sacrificio, y de hecho arrojó el arma homicida por encima de la muralla á los verdugos, que inhumanos consumaron la obra.

¡Y Numancia! ¿qué podemos decir en elogio de esa heroica ciudad? Citar el hecho asombroso que la elevó al pedestal gigantesco de la gloria. Ciento treinta y tres años antes de nuestra era sufrió Numancia un largo sitio: desgarrada por diarios y sangrientos combates que sostuvo valerosamente; acosada por la sed devoradora y por el hambre, ya sin fuerzas para resistir, fué incendiada por sus defensores, que elevándose por su honor hasta el martirio, perecieron entre las llamas á la espantada vista del sitiador Escipión. No venció él á la heroica ciudad, sólo le tocó, como á la posteridad, contemplar sus ruinas con respeto, que eran la sagrada tumba de millares de héroes, ante la que enlutado se levantara e gigantesco genio de la fama, imponiendo silencio y admiración al universo.

Es preciso nutrirse en las ideas del honor para que alimentada el alma con su savia esté siempre dispuesta á hechos que ennoblecen.

El honor de las armas, el honor del estandarte á que se ha jurado fidelidad, siempre debe dejarse bien puesto aun en los casos más desgraciados de la guerra; que nunca el cieno de la deshonra empañe la enseña que confía la patria en manos del soldado: que él es el responsable ante la nación de guardar el más valioso tesoro que posee, aquel que á tan alto grado eleva las reputaciones: *el honor*. Esa virtud, grande y heroica, inspira hechos tan sublimes que el espíritu humano se abisma en su contemplación como la mirada en el fondo infinito de los cielos.

El culto que se debe á esa virtud de las virtudes que yo evoco, es indiscutible, y más aún cuando se trata de la noble y valiente clase militar.

IX.

DEBER.

La instrucción, la moralidad, la disciplina, el honor, el valor, la abnegación, todo se refunde en una palabra sola, breve, sencilla, inflexible en el dominio que tiene sobre el espíritu: *deber*. Y siendo el deber militar el conjunto de mil obligaciones que llevan al soldado hasta el triunfo ó hasta el martirio, no sería posible tratar de él en un solo artículo, y por eso he derramado las ideas relativas en todas mis conversaciones.

Para el cumplimiento del deber es forzoso instruirse en las obligaciones que impone, es necesario no degradar el alma en la prostitución, es fuerza nutrirse en la subordinación que él demanda, es indispensable el valor para afrontar los peligros, es necesaria la honra, y más que todo, precisa templar el espíritu en el fuego de la abnegación, con lo que se soporta y se supera cuanto se halla en la esfera de lo posible.

El deber militar es el más imperioso de los deberes, porque exige grandes cualidades á quien

se obliga á cumplirlo: á su voz calla hasta la voz misma de la humanidad; en las aras del deber hay que hacer el sacrificio de todas las comodidades y de todos los tiernos sentimientos.

Así se ve con cierto sobrecogimiento al gran patricio romano Lucio Bruto, que sentencia á muerte y manda ejecutar á sus dos hijos por haber conspirado contra la patria, teniendo que destrozarse su corazón de padre para cumplir como probo magistrado con las leyes que le imponían tan doloroso deber.

El deber no cede, siempre exige la rectitud en todos los actos del servicio, en todas las circunstancias de la guerra; su simple cumplimiento no es una acción que merezca larga recompensa; mas siempre se hace justicia, siempre se encomia al que lleno de entereza desempeña constante el que le corresponde; por eso el mayor elogio que se puede hacer de un militar, es decir que está sin descanso esclavizado al deber. Expresando esto, se manifiesta que es conocedor de todas sus grandes y penosas obligaciones, y que las cumple con fidelidad. Que no basta saber cómo se ejecuta el servicio y conocer las virtudes militares. lo que enaltece es hacer exactamente lo debido. Hay oficiales instruidos en todo, pero que jamás practican nada; y estos seres sin pundonor, indolentes ó acomodaticios, son peores mil veces que el ignorante que ejecuta lo poco que está á su alcance.

Hay veces que el deber lleva al hombre hasta el más alto grado de heroísmo, y entonces sí es merecedor de la admiración y de la gloria. El pasado nos presenta la bella y severa figura de Aristides como el más noble y perfecto tipo del deber. Los

historiadores han ensalzado siempre á ese célebre general ateniense, y los griegos le levantaron estatuas y dedicaron fiestas para honrar su memoria, que vívida fulgura después de veinticuatro centurias.

El romano Marco Catón, más adusto tal vez que Aristides, pero menos desinteresado, es otro modelo digno de imitarse.

La falta al cumplimiento del deber hace despreciable á cualquier hombre en todas las condiciones en que pueda hallarse, y lo perjudica demostrando su ineptitud. Muy especialmente sucede esto en un soldado, porque el soldado sirve á los sagrados intereses de la patria, conforme á las leyes; y él, desde que sienta plaza en el ejército, protesta solemnemente ante el emblema nacional, cumplir su cometido, y falta á su honra si no lo hace, traicionando ignominiosamente á la fe jurada; ofende á las leyes que infringe, y huella los intereses de su país, marchitando así su dignidad, con lo que queda nulificado y sin esperanza de abrirse paso en la profesión que adopta. En vano sería brillar por cualidades mil, si el hombre, sin respeto á sus deberes desatiende ó infama lo que debiera darle gloria. En vano Alcibiades, que nació en Atenas cuatrocientos cincuenta años antes de nuestra era, con gran talento é instrucción notables, dirigida por Pericles y por Sócrates, fué consumado político y hábil, activo y valiente general; toda su grandeza se obscureció con sus faltas, y al fin fué muerto miserablemente sin que la posteridad tenga sinceras alabanzas para él.

Y el que cumple, aunque sea una medianía, lleva consigo la consideración de cuantos le rodean.